

## DESVELAR LA INDIA

Desvelar la India, desentrañar sus secretos, tratar de asimilar la multitud de estímulos que nos ofrece a cada minuto, el rickshaw que pasa pegando bocinazos a un centímetro de nosotros (“Madam, ¿rickshaw? Madam, ¿rickshaw?”), la vaca que bloquea la callejuela (¡Cuidado, cuando pases junto a una vaca no te acerques a la cabeza que te puede embestir!), la manada de búfalos mansos y majestuosos que se dirige al Ganges para darse su baño diario, esa bandada de monos que va saltando de balcón en balcón, entre los cuales, uno más osado, se aleja unos segundos para robar unos plátanos a un vendedor descuidado, los perros callejeros durmiendo en cualquier rincón, las mezquitas, iglesias, santuarios, templos, templetos, hornacinas y estelas religiosas por doquier, el charco que, ¡ay, no viste! y pisaste, el santón de ojos profundos y torso desnudo, sumido en quién sabe qué meditaciones, el falso santón de panza prominente que, con su tono impostado, intenta sacarte unos cuartos vendiéndote la liberación de la rueda del karma, los vendedores de frutas y verduras sentados en el suelo a lo largo de la calle con su lozana mercancía expuesta con exquisito esmero, la maraña de cables enredada junto al poste de la luz, los vendedores de guirnaldas de caléndulas, con sus mullidas montañas de un naranja intenso, el almuédano llamando a la oración, los tambores y los cánticos a Shiva que resuenan desde el templo, la procesión de boda, con sus invitados bailando en la calle al ritmo del dholak, un cortejo fúnebre que lleva al fallecido en las angarillas, mientras proclaman que el nombre de Rama es la verdad, la procesión religiosa precedida de un elefante engalanado, el niño que vende postales y lamparillas y se ofrece para hacer de guía, el olor a bosta de vaca, el intenso aroma a jazmín y a sándalo proveniente de la tienda de perfumes, las cien mil personas repentinamente congregadas a orillas del río realizando ofrendas y ritos para ese festival, obedeciendo a un calendario desconocido para nosotros, las llamaradas de color de los saris de las mujeres, los bellos y profundos ojos de las mujeres musulmanas que, refugiadas en el anonimato de su niqab, nos escrutan con descaro, los igualmente bellos y profundos ojos de las mujeres hindúes, que vemos durante unos segundos antes de que, éstas, con recato, bajen la mirada, el zapatero afable, sentado en el suelo con sus humildes herramientas, y a cuyo alrededor se congrega siempre un grupo de parroquianos para charlar mientras observan cómo trabaja, el pastelero bordando sus jalebis sobre el aceite hirviente, las miles de gaviotas que llegan cada año desde Siberia hasta el Ganges, y revolotean junto a las barcas en busca de las migas que les lanzan los barqueros, el maremágnum de lenguas y alfabetos, los gestos, los síes como noes, los códigos de educación diferentes a los nuestros y todos nuestros desatinos... Desvelar la India es, seguramente, el deseo de todos los que nos acercamos a ella, y, cuando, tras mucho empeño, conseguimos tan sólo vislumbrar algunos retazos, reconocemos nuestra incapacidad para comprenderla y abarcarla, y decidimos que quizás sea mejor rendirse, disfrutar de lo que ella quiera mostrarnos, y permitir que siga siendo una India velada.

Rocío Moriones Alonso